

## El infarto

Escribe: **CARLOS DELGADO NIETO**

Los sábados, después de las cuatro de la tarde, aquel café tan concurrido durante la semana se volvía silencioso y solitario. Una vez comprobé el caso extraordinario de que a las seis no hubiera allí ni un solo parroquiano, mientras los cafés vecinos retumbaban de bullicio. Ello se debía sin duda a la clase de clientela del establecimiento, compuesta por rentistas y altos empleados que solo trabajaban hasta el viernes, y el sábado se reunían en sus casas o se iban de paseo.

El sábado a que quiero referirme fui a ese café hacia las seis y media. Necesitaba un sitio donde no se sintiera el ajetreo histérico que había en los cafés cercanos a mi vivienda. Me costó una buena caminata, pero ya al acercarme me di cuenta de que mi esfuerzo no se perdería. En efecto, el café estaba silencioso, aunque no del todo solitario. Muy cerca de la entrada leía la prensa de la tarde un conocido mío, casi amigo, a quien yo solía eludir por su afición a las muletillas, algunas de las cuales eran soeces. La más aceptable, aunque no menos cargante, consistía en decir: "Y no poco" cada vez que se anotaba una cualidad, positiva o negativa, de una persona, del clima, de la situación política. Esas conversaciones con él eran de este tipo:

—¿Hace frío, eh?

—Y no poco.

—Parece que el ministro de industrias quiere ser presidente.

—¡Claro! ¡Y no poco!

Después de esa respuesta, se revolvía orgullosamente en la silla, como si acabara de inventar la frase.

Pero la mesa de este señor no era la única que estaba ocupada. Al rededor de otra mesa cercana bebían aguardiente cuatro hombres. Al mirar hacia ese lado encontré una cara que me saludaba con el afecto que solemos mostrar después del segundo trago de licor. Al notar el saludo, el que estaba a su izquierda y que me daba la espalda, se volvió para mirarme. Este sí era un buen amigo mío, y me acerqué en seguida a saludarlo. Fue

entonces cuando identifiqué al colega del infarto cardíaco, o mejor, de los infartos, ya que había sufrido dos en el curso de un año. Se notaba más bebido que los otros. Esto se debía sin duda a que había empezado a tomar antes que los otros, pero yo asocié inmediatamente ese estado con su débil corazón, y me quedé mirándolo mientras me decía: "Hoy le dará el definitivo". El comprendió y se puso a hacer signos afirmativos con la cabeza. Era evidente que con esas inclinaciones silenciosas quería decir: "Sí, yo sé que me estoy arriesgando al tercer infarto, al que nadie sobrevive", y me miró luego con rabia, disgustado porque le recordaba telepáticamente el peligro de muerte.

Naturalmente, fui invitado unánimemente a tomar asiento en esta mesa; pero antes que afrontar permanentemente la fúnebre perspectiva, era preferible aguantar otros "y no poco". Regresé, pues, a mi sitio inicial. Que era un buen sitio, pues desde él se dominaba todo el café, al tiempo que se disfrutaba de buena ventilación. Mi colega cardíaco estaba, en cambio, en un sitio poco aireado, el lugar menos adecuado para sus posibilidades fisiológicas. Volví a mirarlo, a hurtadillas, y lo vi bastante congestionado. De buena gana me habría ido en ese momento, pero como ya dije, la caminata hasta ese café había sido larga, y más bien dejé ir la vista hacia el fondo. Allá encontré, junto al mostrador, una tertulia muy singular: las dos meseras se hallaban en fervoroso coloquio con un profesor de matemáticas relativamente joven, cliente habitual del café. Las tres cabezas estaban muy juntas, y en ciertos momentos la figura del profesor desaparecía tras las mujeres, que eran ambas más altas que él. Supuse que él estaría refiriéndoles el último cuento sicalíptico que le habían contado en la calle, y me dispuse a esperar la carcajada con que siempre terminan esos cuentos.

Pero la carcajada no se producía. En cambio, los que consumían aguardiente llamaron dando golpes sobre la mesa, y la mujer que les servía y que estaba oyendo al profesor (o hablando con él) ni siquiera volvió la cabeza, sino que extendió un brazo en esa dirección y abrió la mano, pidiéndoles a sus clientes que la esperaran un poco.

Me alegró ese aplazamiento que imponía la mujer. Con él podían defenderse de la intoxicación aquellos organismos, o quizá los bebedores se disgustaran y decidieran suspender la sesión. Algo me decía que ese nuevo trago iba a ser fatal para mi colega cardíaco. (Lo llamo colega porque alguna vez leí algo suyo en un periódico).

Eché una nueva mirada a mi colega y lo vi más congestionado. Me puse a escuchar lo que le decía a su vecino; pero arrastraba tanto las palabras que no le entendía. A esto se añadía el hecho de que se había doblado tanto que su mentón estaba prácticamente pegado a la tapa de la mesa. De pronto levantó la cabeza, pero no para hacerse oír mejor de su vecino, sino para mostrar su desagrado por la demora del nuevo servicio: golpeaba torpemente las manos mirando hacia el mostrador. Fue entonces cuando cambié de parecer, deseando que la mujer se apresurara, ya que el disgusto por la demora podía causarle a mi colega más daño que el trago mismo. Aprovechando una breve mirada que la mesera lanzó hacia

las mesas, le hice una seña angustiosa que dio resultado, pues si bien volvió a hundir la cabeza en la tertulia, por lo menos hizo el pedido al encargado del bar.

Vino luego lo tragicómico, a cargo de un vendedor de camisas para hombre y ropa interior para mujer. Era un joven alto, tan andrógino como su negocio; como insignia llevaba en la cabeza unos calzoncitos de nylon. Era un hombre apuesto, de rasgos faciales bien delineados; su belleza era varonil, pero no lo eran tanto su comportamiento, sus gestos blandos y su modo de andar... Ofreció su mercancía solamente a los hombres, a quienes sin embargo solo les habló de las camisas. Los pantalones femeninos, visibles cuando abría el paquete, parecía llevarlos como objeto de burla o de juego. Quizá estaba un poco bebido, y quizá también se había echado polvos en la cara. No era agradable mirarlo, a pesar del buen diseño del rostro. Uno de los clientes del café se interesó por las camisas, estuvo palpando la tela y pidiendo precios, pero en cuanto alzó la vista hacia el vendedor desistió de la compra.

El vendedor salió sin ofrecer más sus artículos, pero mirando muy detenidamente a cada uno de los parroquianos, como si buscara a un congénere desconocido, que quizá no estaba allí, pues se habría identificado en seguida.

Con todo, el extraño vendedor me distrajo de la aprensión respecto de mi colega. "Le va a dar. Esta noche le da", me dije en cuanto lo miré, ya después de haber consumido él aquel nuevo trago que al fin le habían servido. Así, pues, la aprensión respecto de mi colega fue convirtiéndose en una absoluta seguridad de que pronto tendríamos que llevarlo a una clínica. Mientras llegaba ese momento, le volví parcialmente la espalda al condenado a muerte, y me dediqué a hablar con el amigo de las muletillas, quien acababa de leer en el periódico de la tarde un artículo sobre astrología y deseaba comentarlo con alguien. Me contó detalles graciosos del artículo, y pude comprobar que cuando no estaba tomando era un interlocutor bastante agradable, e incluso no apelaba casi a su "y no poco". Me contó que —según el artículo— San Agustín dejó de creer en la astrología cuando supo que un gran potentado y un esclavo de su finca habían nacido en el mismo momento.

Mi amigo celebró o empezó a celebrar este hecho con su risa sonora, cruzando y descruzando sus piernas cortas y gruesas y echándose alternativamente hacia atrás y hacia adelante. De pronto su risa se quebró y fue llevándose lentamente la mano al pecho, mientras sus ojos se inmovilizaban, como si estuviera tratando de recordar algo. El dolor se hizo patente en la boca, que se contrajo duramente; los párpados se cerraron mientras el rostro tomaba un tinte sepia y el torso del hombre se doblaba sobre la mesa.

Los que estábamos cerca nos quedamos perplejos, a excepción de mi colega, quien se incorporó y dijo en voz alta, con orgullo de experto:

—¡Es un infarto!

Increíblemente despejado, mi colega llamó a la mesera para pagarle y le ordenó a la otra mujer que pidiera por teléfono un taxi.

—Lo llevamos a la Clínica Augusta— dijo mi colega mientras sumaba las cifras que aparecían en los pequeños comprobantes de pedido. Los otros hacían lo mismo, pero con más torpeza que él.

—No, mejor pido la ambulancia— y se encaminó ágilmente hacia el teléfono.

\* \* \*

El médico y dos enfermeras se afanaban en la pieza 203 con las drogas de urgencia. Entre tanto mi colega, dos de sus compañeros y yo (el otro compañero había desaparecido misteriosamente) fumábamos en la sala de espera, sentados en semicírculo y en completo silencio, en un silencio que al fin rompió mi colega, diciendo con los brazos cruzados y arrastrando otra vez las palabras:

—No le habría pasado nada si hubiera tomado trago con nosotros en vez de estar leyendo y hablando boberías... ¿Qué era lo que te decía sobre San Agustín?